

me dijo el mismo enfermo, compuesta por un señor licenciado y por otro señor cohetero, y los dos juntos decían cosas que verdaderamente eran algo raras.... A lo ménos lo único que yo entendí fué que á la nacion la dividieron ocho toros, y que al ejército trigarante le aplicaron el aparato de la pila.

ZURRIAGO.

A ver, Doña Mónica; de eso sí parece que se acuerda V. ¿Qué decían el licenciado y el cohetero?

DOÑA MÓNICA.

Del principio no me acuerdo, porque era una especie de sermón algo largo; ya se lo enseñará á V. D. Simplicio que lo tiene guardado; pero luego seguía la esplicacion del grito, así.—*Epoca de prosperidad, los cuatro cordeles artillados con sus respectivas ruedas.—Primeros indicios de revolucion en el año de ocho; los dos columpios y correspondientes.*—~~Clavos y grito de D. Severo el año de 10;~~ *el castillo y la portada y las ruedas necesarias.—La nacion dividida; ocho toros, dos docenas de ruedas, cajones de los pedestales, de los faroles, ocho palos de rama y fuego, y las cuatro palmas.—Tratados de Iguala por el inmortal Iturbide; los otros ocho palos de rama y fuego, los cuatro barriles, los cuatro cipreses, y una docena de ruedas.—Triunfo del ejército trigarante, el aparato de la pila.—México libre, fuego general de todas las piezas que ardieron antes, cuatro toros, dos docenas de ruedas y los repiques al mismo tiempo por conclusion.*

ZURRIAGO.

¡Santa Bárbara bendita! Con razon le dió disenteria al pobre D. Severo.... Yo no sé cómo no reventó.....

DOÑA MÓNICA.

Poco le faltó; pero no paró en eso, sino que luego, para coronar la obra, ese Neron de D. Simplicio, en cuanto lo vió algo aliviado, le espetó, que sé yo cuantos artículos de periódicos de todos tamaños, principalmente uno en que el articulista habla del órgano del gobernador, y entonces fué cuando le acometió la epilepsia.

ZURRIAGO.

¿Al gobernador?

DOÑA MÓNICA.

No señor; al infeliz de D. Severo.

ZURRIAGO.

¿Qué crueldad!.... ¿Pero dice V. que ya está bueno?

DOÑA MÓNICA.

Sí señor, pero ha quedado tan asustado que basta

enseñarle un papel en forma de periódico para hacerlo echar á correr aunque esté oyendo misa de obligacion.

ZURRIAGO.

Y nuestro D. Simplicio ¿qué se ha hecho?

DOÑA MÓNICA.

Después del suceso de la epilepsia, tanto le dijimos, y tanto lo amenazamos con que íbamos á acusarlo de asesino, que logramos que se fuera; y ahora ya volvió de Yucatán graduado de doctor.

ZURRIAGO.

¿Qué me dice V. Doña Mónica! ¡D. Simplicio doctor!!!

DOÑA MÓNICA.

Sí señor: lo que V. oye: doctor y muy doctor.... ¿qué tiene de particular? Acaso hay hoy en esta tierra quien no sea doctor, ó licenciado, ó a lo ménos bachiller?

ZURRIAGO.

Tiene V. razon..... ¿Y el bueno de D. Cándido?

DOÑA MÓNICA.

Ese ha sido mas juicioso y se ha contentado con ménos: dejó la carrera de las letras y se ha metido á escritor.

ZURRIAGO.

¡Santo Dios! ¿Qué cosas suceden en este mundo!.... ¿Y qué es lo que escribe?

DOÑA MÓNICA.

Todo lo que V. quiera; comedias, historias, devocionarios, novelas, discursos cívicos, esquelas de entierro, todo, todo.... Ahora dice que está escribiendo un proyecto de arreglo de la deuda nacional en seguidillas....

ZURRIAGO.

Con que segun eso, está ya hecho un literato completo de los de por acá.... Vaya! sea enhorabuena; pero al fin me alegro infinito de que ya estén aquí todos esos amigos para tener el gusto de que volvamos á reunir nuestra tertulia, y á pasar ratos tan agradables como los que pasábamos ántes, dándole parte al público.....

DOÑA MÓNICA.

Pues qué ¿piensa V. seguir en el oficio de ilustrador del público?

ZURRIAGO.

Sí, Doña Mónica. ¿Qué se pierde en eso? Yo tengo tanto derecho como cualquiera otro para vender mis necesidades impresas, si encontré otros mas ne-